ARCO
IRIS

ARCO IRIS

CORREOS DEL URUGUAY
Impresos de interés general. Decreto del P. E. de Enero 1951
PERMISO Nº 7

REVISTA EVANGELICA PARA LOS NIÑOS DE AMERICA LATINA

JULIO DE 1956 ◆ AÑO IX ◆ Nº 97 ◆ MONTEVIDEO-URUGUAY

Director Responsable:
JULIO A. BARREIRO

Administrador:
CARLOS DEMICHELI

Dibujantes:
WALDECK IBARRA
MARGARITA COURTOISIE

☆ **DIRECCION POSTAL:**

Casilla de Correo 179, Montevideo, URUGUAY.

☆ **SUSCRIPCIONES**

Serán anuales. Para Uruguay y Argentina, existe, además, un periodo extraordinario de suscripción que comprende un año y medio. Los pedidos deben ser hechos a los Agentes. En Uruguay y Argentina, podrán hacerse también a los Representantes de la Revista en las Iglesias, Escuelas Dominicales u Obras.

Precios:	URUGUAY:	$	4.00 m/u. anual.
		"	5.50 " año y medio.
	ARGENTINA:	"	15.00 m/u. anual.
		"	20.00 " año y medio.
	CHILE:		100.00 m/chilena, anual.
	PARAGUAY:		20.00 guaraníes, anual.
	BOLIVIA:		150.00 Bs., anual.
	PERU:		7.00 soles, anual.
	MEJICO		5.00 m/mejicana, anual.
	ECUADOR:		18.00 anual.

Para los demás países: un dólar, anual.

☆ **GIROS Y CHEQUES**

SE RUEGA HACER LOS GIROS O CHEQUES, UNICAMENTE A NOMBRE DEL SR. CARLOS DEMICHELI. CASILLA DE CORREO 179. – MONTEVIDEO, URUGUAY. SE RUEGA, POR LO TANTO, NO HACERLOS A NOMBRE DE REVISTA "ARCO IRIS".

☆ **COLABORACIONES**

Se aceptan colaboraciones para la Revista. La Dirección se reserva el derecho de publicarlas o no. No se devuelven los originales.
La Dirección no se hace responsable de la autenticidad de las colaboraciones publicadas en la Revista, cualquiera sea la entidad o persona que las haya enviado.

☆ La Revista ARCO IRIS se reserva todos los derechos sobre el personaje GALOPIN, creado exclusivamente para la misma. Prohibida su reproducción, sin la autorización debida.

A G E N T E S :

ARGENTINA
Librería "La Aurora"
Corrientes 728
Buenos Aires.

BOLIVIA
Cajón Nº 9
La Paz.

BRASIL
Domingos Da Silva Oliveira
Caixa Postal 4243
Río de Janeiro.

COLOMBIA
Librería "La Aurora"
Apartado 624
Cali.

COSTA RICA
Claudio Soto Ovares
Apartado 858
San José.

CUBA
Sr. Dr. Samuel Deulofeu
Apartado Nº 102
Palma Soriano.

CHILE
Librería "El Sembrador"
Casilla 2037
Santiago de Chile.

ECUADOR
Librería "Realidades"
Casilla 137
Quito.

ESPAÑA
Sr. Pedro Giménez Giménez
Calle del Moyanés, 70
Barcelona.
Sr. Ramón Taibo Sienes
Noviciado 5
Madrid.
Sr. Daniel Capó
Marqués de la Argentera, Nº 19
Barcelona.

GUATEMALA
Anita L. de Guerra
Cuarta Avenida Norte Nº 5 J-O-C
Guatemala.
Isabel G. de Sandoval
Callejón del Administrador 58
Guatemala, C. A.

HONDURAS
Esther de Gumper
Misión Evangélica
Apartado 17
San Pedro Sula.

MEJICO
Prof. Gustavo A. Velasco
Apartado 97, bis
México, D. F.
Ariel Zambrano
Apartado 97, bis
México, D. F.

PARAGUAY
Sr. Pedro Ruiz Díaz Ocampo
Pettirossi 507
Asunción.

PANAMA
Srta. Gladys Bazán Villalaz
Apartado 1037
Panamá.

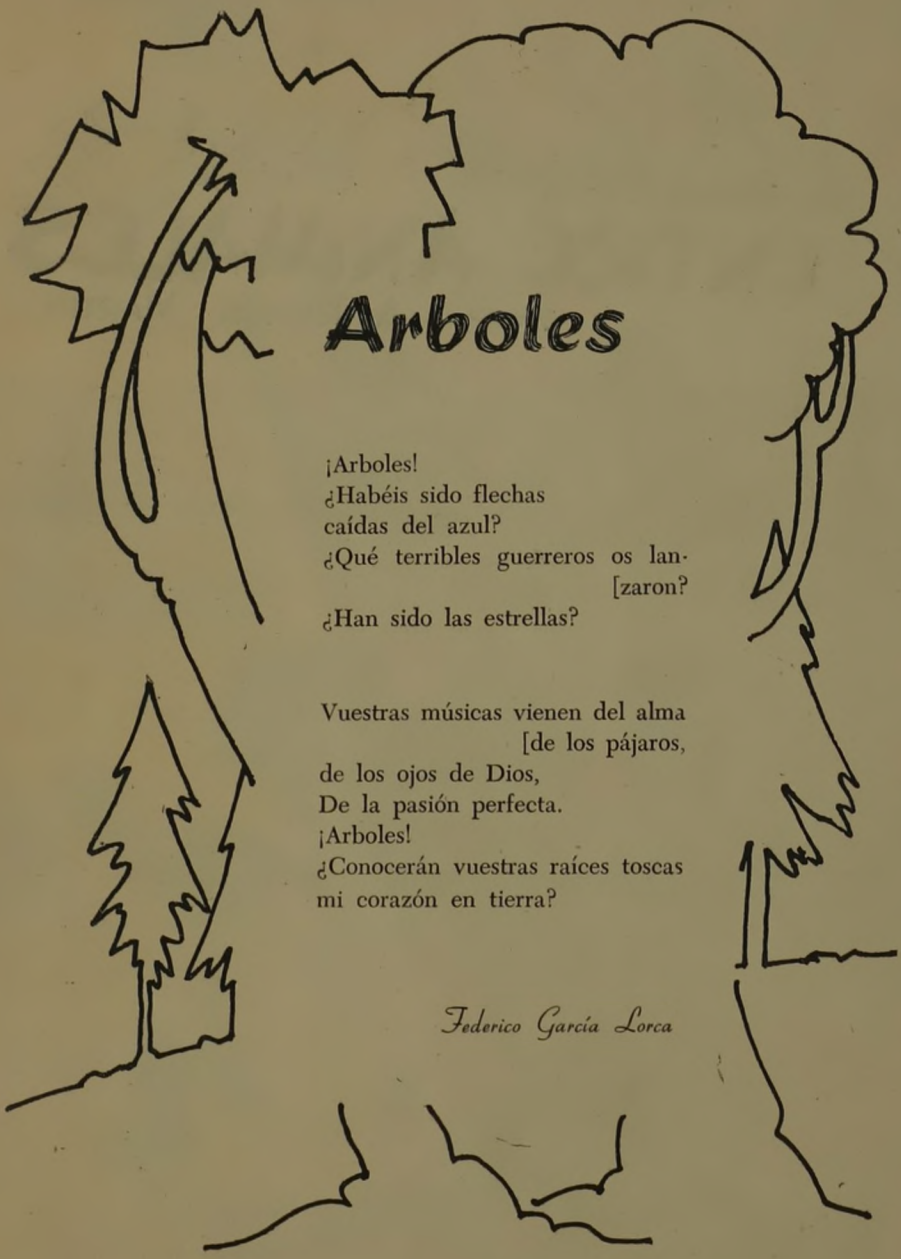
PERU
Librería "El Inca", S. A.
Apartado 1277
Lima.
Sr. Luis J. Jack
Apartado 1386
Lima.

PUERTO RICO
Rev. T. Rico Soltero
Apartado 7002
Barrio Obrero
San Juan.
Librería Evangélica de Puerto Rico
Apartado 424
Bayamón.

REP. DOMINICANA
Sr. Julio D. Postigo
Librería Dominicana
Apartado Nº 656
Ciudad Trujillo.

URUGUAY
Librería "La Aurora"
Constituyente 1460
Montevideo.

VENEZUELA
C. A. Phillips
Apartado 294
Caracas.



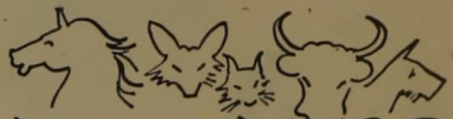
Arboles

¡Arboles!
¿Habéis sido flechas
caídas del azul?
¿Qué terribles guerreros os lan-
[zaron?
¿Han sido las estrellas?

Vuestras músicas vienen del alma
[de los pájaros,
de los ojos de Dios,
De la pasión perfecta.
¡Arboles!
¿Conocerán vuestras raíces toscas
mi corazón en tierra?

Federico García Lorca

Sucedió ENTRE ANIMALES



POR A. RAMOS - MARTIN -

El gato *Pinto* era un micifuz inteligente y simpático con travesuras de chico y sentimentalismos de niña buena. Era empalagoso en su trato, pegadizo, entrometido. Donde estaba la familia, allí estaba él; pero en medio, ocupando el centro de la reunión, expuesto a que lo pisaran (lo que ocurrió más de una vez) mirando sucesivamente a cada uno de los que hablaban, como si pudiera (¡quién sabe!) o quisiera captar lo que allí se decía. Y cuando llegaba la hora de la comida se colocaba en el espacio que quedaba libre en la parte posterior de una silla junto a los riñones de alguno de la familia y desde allí, asomando la cabeza hacia adelante de vez en cuando y dando golpecitos con su mano en la pierna del que compartía con él la silla pedía de este modo su parte en el almuerzo.

Cuando el chico de la familia iba a pescar él sabía a dónde había ido con sólo verle partir armado de caña y demás trastos de pesca. Entonces, cuando habían transcurrido algunas horas y sólo faltaban minutos para el regreso del pescador (imposible explicarse cómo lo averiguaba) se plantaba quieto en la puerta y, en efecto, diez o quince minutos de espera y allí aparecía el portador de la pesca de la que el *Pinto* reclamaba una parte. "El día que robó un pedazo de hígado en la cocina y salía de estampía con él en la boca bastó que una voz enérgica gritara: "—*¡Pinto*, qué has hecho?"— para que *Pinto* abandonara el hígado y se fuera a esconder entre los recovecos de un montón de cajones, quien sabe si más avergonzado de su momento de debilidad que temeroso de que le arrimaran algunos mojicones como castigo." Y cuando tenía momentos de recogimiento espiritual, que no eran pocos, se subía a un tejado, en las noches claras, y entonces podía vérsele, con su silueta inmóvil, contemplando la luna durante horas. Así era el *Pinto*. "Pues bien, aconteció que por aquella época cayó sobre el patio de la casa, y las de al lado, una banbada de palomas que no se iban en todo el día y se posaban también sobre las tapias. Llegaron no se sabe de dónde haciendo vida libre y salvaje. La familia de la casa estaba bastante fastidiada con aquella plaga que no les abandonaba nunca y manchaban paredes y baldosas. La gente joven de la casa las perseguía y espantaba a menudo, pero nadie era tan empecinado perseguidor como el *Pinto* que empleaba todas sus martingalas y poses de cazador cuando veía alguna paloma en el patio: entonces se arrastraba de barriga, pegaba mandobles con la cola a diestra y siniestra durante el acecho y hacía todas aquellas cosas aparatosas que hacen los gatos para que vean que saben cazar. Claro que, cuando daba el salto decisivo la paloma volaba y el *Pinto* se sentaba mascando la derrota. Y así hasta la próxima vez.

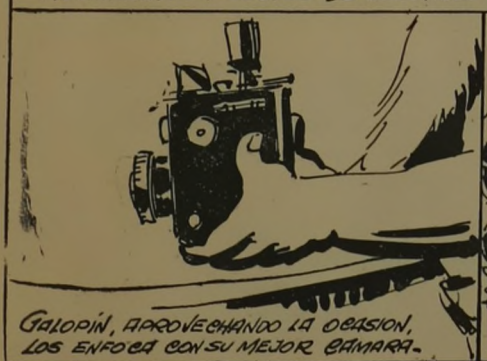
Por aquellos días al chico de la casa se le ocurrió criar palomas ya que con tener tantas alrededor no poseía ninguna. Preparó en la azotea un palomar y compró algunas de estás aves con las alas un poco recortadas para que no se marcharan. Lo hizo con sigilo y procurando evitar que el *Pinto* subiera a aquella parte de la casa. El juego de espantar y perseguir a la plaga de palomas continuaba en el patio y el más activo y tenaz de todos era el *Pinto*. "Un día hacía varias horas que al *Pinto* no se le veía por ninguna parte.

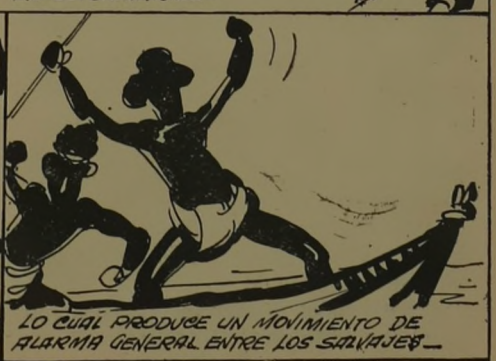
—¿Dónde se habrá metido? —se preguntaban todos. Era la hora de comer y el *Pinto* no aparecía. La madre tuvo un sobresalto y pensó algo horrible. "—Si no está aquí, ni allí, ni en el tejado de al lado, ni salió a la calle, ¿será posible?...". Subieron de prisa todos, pero en silencio, a la azotea para sorprender algo tremendo. Allí estada *Pinto*, al parecer desde hacía horas, tomando el sol tranquilo y sereno y bien sentado. Delante de él, a dos palmos de sus narices se paseaban y arrullaban los habitantes del palomar. El cuadro era casi bucólico, lleno de serenidad; parecía el pastor guardando sus ovejas. Pinto volvió la cabeza al oir llegar gente y en sus ojos se leía algo parecido a ésto: — ¿Pero qué les ocurre ahora a estos desconfiados?

AVENTURAS de GALOPÍN...

Cuento, por Julio Barreiro
Dibujos, por W. Ibarra.

Galopín y Cacho continúan perdidos en el Africa... Navegan, en un extraño río, a la deriva. Cuando, de pronto...





ANNE DE VRIES

EL GRAN LIBRO

ILUSTRACIONES DE MARGARITA COURTOISIE

TRADUCCION DE DIEGO ZIJLSTRA

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS PARA "ARCO IRIS"

CAPITULO XXX

LA HISTORIA DE JOB

Hubo una vez un hombre rico, riquísimo. Vivía en la tierra de Ur, bastante lejos, en el Oriente.

Algunas veces los verdes cerros se ponían blancos de las ovejas que los cubrían. Eran ovejas de Job. Sobre la tierra de grandes chacras que se extendían hasta el horizonte, se movían una cantidad de bueyes, tirando los arados, y peones y siervos por centenares. Todos pertenecían a Job. Y grandes caravanas viajaban con mercaderías hacia lejanas tierras, y otras regresaban cargadas. También eran de él. Todo era de Job, hasta donde alcanzaba la vista, y aún más lejos. Tenía siete mil ovejas, tres mil camellos, mil bueyes y quinientas asnas.

Y en medio de todas esas riquezas vivía Job con su mujer, en su grande y lujosa casa.

Allí cerca y en otros sitios de sus dilatados campos, se hallaban también las casas de sus hijos, siete varones y tres mujeres.

Job era el hombre rico y distinguido de la tierra. Era tan poderoso como un rey. Mas, con todo, era también un hombre excelente, honesto y humilde. A los pobres les daba pan. A los desvalidos los cuidaba y consolaba, lleno de amor.

Por eso todos le querían. Así vivía Job, rico, sano, virtuoso y muy feliz.

Pero su felicidad no provenía de su riqueza. Tampoco de su salud.

Ni era debido a su bondad, ni a su humildad.

Job amaba a Dios y era eso lo que lo hacía feliz. El sabía que Dios se lo había dado todo, y que en adelante también cuidaría de él.

Sabía que con Dios siempre estaba seguro, tan seguro como un niño con su padre.

Por eso, con su vida servía al Señor.

Y cuando sus hijos se reunían a celebrar alguna fiesta, él ofrecía un sacrificio y oraba a Dios que los guardara de lo malo.

Dios se regocijaba en su siervo Job, que era tan recto y piadoso.

Job amaba a Dios, y Dios amaba a Job.

No se soltarían nunca el uno del otro. Se amaban por la eternidad.

EL ENEMIGO DE DIOS

Pero había alguien que odiaba a Job. Cuando veía la felicidad de Job, se enojaba. Ese maligno lo acechaba para hacerle desgraciado, y separarlo de Dios.

Ese alguien no era un hombre.

Era Satanás, el gran enemigo de Dios.

Pero a pesar de todo, no podía causarle mal a Job. Dios se lo impedía, porque era mil veces más poderoso que Satanás.

Una vez el Señor convocó a todos los santos ángeles delante de su trono.

Y en medio de todas esas riquezas vivía Job con su mujer, en su grande y lujosa casa. Era el más rico y distinguido hombre de la tierra. Era honesto y humilde. A los pobres les daba pan. A los menesterosos los socorría. A todos servía, lleno de amor.

Vinieron por centenares y millares y se inclinaron respetuosos. Y cuando todos se arrodillaron, llamó también a Satanás.

Tuvo que obedecer a Dios. Apareció el ángel negro, maligno, temblando de miedo.

El Señor preguntó:

—¿De dónde vienes?

—De la tierra, respondió Satanás. La he recorrido.

Y el Señor le dijo:

¿Viste a mi siervo Job?... Ninguno en la tierra hay tan perfecto y honrado como él...

Satanás tenía miedo a Dios. Sin embargo dijo:

—¡No es ningún milagro que Job te ame! Le has dado tantas cosas y cada día le enriqueces más. Si estuviese pobre no te amaría. Si le quitares todo lo que tienes entonces te odiaría!

Entonces el Señor pensó:

—Yo le demostraré a Satanás que Job no me ama porque yo le he enriquecido. Job es mi hijo. Yo enseñaré a todos que nada puede separar a mis hijos de Mí.

Y el Señor dijo a Satanás:

—Pues bien, te permito que despojes a Job de todo lo que tiene. Sólo te prohibo que a él lo toques. Respetarás su vida

Entonces Satanás se retiró lleno de maligna alegría, porque pensaba que podría separar a Job de Dios.

LA PRUEBA

Cierto día Job estaba sentado delante de su casa. Sus hijos celebraban una fiesta en casa del hermano mayor. Luego Job ofrecería otra vez un sacrificio por ellos. Los rebaños pastaban lejos en el campo, y la servidumbre se ocupaba en sus quehaceres. Era un día como los demás.

(Continúa en la pág. siguiente).

(Cont. de la pág. ant.).

Pero entonces vino un hombre corriendo por el campo, subiendo y bajando por los cerros, sudado y sucio, las ropas desgarradas, y todo asustado.

—¡Ay Señor, dijo, ha sucedido algo grave! Estábamos arando con los bueyes y las asnas pastaban ahí cerca.

Entonces vinieron bandoleros, los Sabeos, y se llevaron todos los animales, y han muerto a tres siervos. Y yo sólo he escapado para traerte la noticia.

Job se aterrorizó. Quiso preguntar algo más del asunto, pero no tuvo tiempo. Porque un segundo mensajero, un pastor, había llegado y dijo lamentándose:

—¡Oh Señor, es una cosa terrible! Habíamos reunido las ovejas porque se nos venía una brava tormenta. Entonces cayeron relámpagos y consumieron los mozos y las ovejas todas; yo me hallaba un poco más lejos, y sólo yo he escapado para traerte la noticia!...

Y estando hablando ese hombre, vino un tercer emisario corriendo y llegando junto a su amo le dijo todo confuso:

—¡Ay, señor, todos los camellos han sido robados y todos tus siervos están muertos! Han sido los caldeos. Yo sólo escapé para anunciártelo...

Y entonces vino el cuarto mensajero. Venía quejándose y llorando. Se golpeaba el pecho de dolor. Se tiró al suelo delante de Job llorando y retorciéndose las manos.

Trajo la peor noticia, casi no se animaba a comunicársela.

Pero había que hacerlo. Job tenía que saberlo.

—¡Señor tus hijos! gemía el hombre. Ellos estaban en casa del mayor, y comían y bebían. Entonces vino una gran tempestad y la casa se derrumbó.

Señor, todos tus hijos están muertos...! ¡muertos! Yo sólo he escapado para decírtelo...

Entonces todo quedó en silencio.

Ya no vinieron más mensajeros. No podían venir más, porque Job ya no tenía nada que pudiera perder.

Había quedado sin nada.

Había sido enormemente rico. Ahora, en un día, había quedado absolutamente pobre.

Job se levantó, encorvado, quebrantado por el dolor.

Pero no sentía desesperación ni tampoco odio.

¿Era ahora pobre?

¿No poseía más nada?

Sí, pero aún conservaba su Gran Amigo. Dios existía todavía...

Job cayó de rodillas y pidió a Dios le diera fuerza y consuelo...

Poco a poco, sintió en su corazón dolorido el amor de Dios. Y lo que él le dijo sonó aún como un cántico de júbilo:

El Señor ha dado y el Señor ha quitado. Sea el nombre del Señor bendito!...

EL SUFRIMIENTO DE JOB

Nuevamente el Señor convocó a todos los santos ángeles delante de su trono.

También llamó a Satanás.

—¿Has visto ahora, preguntóle Dios, que Job me ama aún, a pesar de que todo lo que tenía le fué quitado?...

En efecto, Satanás había perdido la batalla. Pero todavía no se rendía.

Dijo astutamente:

—Job no quedó aún sin nada. Tiene su salud todavía. Si la perdiere ¡entonces sí que te odiaría!

Entonces Dios le permitió a Satanás que tentara a Job una vez más. Le permitió que atacase a Job con la enfermedad y que hiciera todo lo que pudiese para separarlo de Dios.

¿Lo lograría?...

Una enfermedad espantosa atacó a Job. Todo su cuerpo, desde la cabeza hasta los pies se cubrió de úlceras malignas. El viril y sano Job, se volvió enfermo y desdichado.

Esa enfermedad se llamaba lepra. Era tan contagiosa que Job no pudo permanecer en su casa.

Por ahí, en una choza, lejos de la casa, tuvo que vivir, completamente solo. La comida se la arrojaban desde lejos. Los que pasaban llenos de horror, al verlo, se re-

(Continúa en la pág. 8).

El mayor en el Reino de los Cielos

(S. Mateo, Cap. 18: 1-5)

En aquel tiempo los discípulos vinieron a Jesús, diciendo: ¿Quién es el mayor en el reino de los cielos?

Y Jesús, llamando a un niño, le puso en medio de ellos y les dijo:

En verdad os digo que si no os volviéreis y fuéreis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.

Cualquiera, pues, que se humillare como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos.

Y el que recibiere a un tal niño en mi nombre, a mí me recibe.

(Cont. de la pág. 6).

tiraban rápidamente. Nadie venía a consolarlo. A veces los niños se atrevían a acercársele. Pero ellos tampoco traían una palabra de consuelo para Job. Sólo veían su aspecto sucio y horroroso, pero no se daban cuenta que sufría. Lo injuriaban, lo escupían y se burlaban de él cruelmente.

¡Pobre Job!... No podía estar sentado, acostado, o parado, sin dolor. Noches enteras pasaba sin poder dormir, y gemía a causa de su dolor.

Y en medio de todo ese sufrimiento, hasta su mujer lo abandonó. Para ella todos esos desastres fueron demasiado. Se había amargado y hecho rebelde.

—¿Todavía amas tú a Dios? preguntóle en son de burla. ¡Mucho te vale ése! Le has servido toda la vida, ¿y qué ganaste con ello?... ¡Maldícele, hombre!

¡Qué importa!... ¡La muerte es mejor que eso!

Pero Job no maldecía a Dios.

Porque él sabía una cosa con seguridad. Eso que siempre fué su único consuelo y lo era todavía: Dios me ama, ¡Dios me ama aún a pesar de todo!

En su corazón había una voz que le decía eso. Era la voz de la fe. Esa voz no quería callar. Era el mejor bálsamo para sus heridas.

—¡Señor, ayúdame! rogaba Job. ¡Señor, sálvame!

No podía hacer otra cosa que orar.

Y a su mujer le dijo:

—Tú hablas como una insensata. ¿Hemos de aceptar el bien de parte de Dios, y el mal no lo hemos de aceptar?... El sabe mejor que nadie lo que nos conviene.

LOS AMIGOS DE JOB

Después llegaron hasta donde estaba Job, tres venerables y ceremoniosos ancianos, amigos suyos, que habían sabido de la miseria en que se hallaba.

Sus nombres eran Elifar, Bildad y Zofar.

Ellos sabían lo grave del estado de Job. Pero se encontraron con que era mucho peor de lo que habían pensado. Les costó reconocer a Job, de tanto que la enfermedad y el dolor lo había estropeado.

Los tres amigos no pudieron decir una palabra, del espanto que sintieron. Sólo podían llorar.

Largo rato estuvieron con Job sin poder hablar. Vieron que su dolor era grande.

Y todos ellos pensaban lo mismo.

¿Por qué Job debe sufrir tanto? pensaban. ¿Por qué?...

Mas, cuando al fin comenzaron a hablar, entonces se vió que no eran verdaderos amigos. No tuvieron una palabra de consuelo para él. Hablaron mucho y muy lindo; por turno pronunciaban un lindo discurso. En verdad les parecía lamentable lo que le pasaba a Job, pero eran demasiado sabios y doctos para poder consolarle.

Dijeron:

—Job, ahora vemos qué clase de hombre eres tú. Ahora nos damos cuenta que siempre nos has engañado. Siempre simulaste ser tan bueno y piadoso pero en realidad debes haber sido un gran pecador, y por eso Dios te castiga. ¡Debes convertirte Job!... Cuéntanos, pues, lo que has hecho. ¿Has oprimido a pobres viudas y huérfanos?... ¿No has pagado quizás el jornal de tus siervos?... ¿Te has enriquecido robando, Job?...

¡Tiene que ser algo terrible lo que hiciste, de lo contrario el castigo no sería tan grande!...

Y aunque Job proclamara su inocencia a voces y afirmara que siempre había hecho lo posible por servir a Dios, no le creyeron. ¡Hombres duros y orgullosos!... ¿Cómo podían conocer los pensamientos de Dios?...

Hubieran tenido un poco más de reverencia por Dios, y por el padecimiento de Job.

Mejor que hubiesen sido hombres sencillos y con el corazón cálido y abierto.

Entonces habrían dicho:

¡Guarda silencio Job, ten paciencia! El Señor te contempla. El sabe para qué es bueno que tú sufras. Y nosotros seguimos siendo tus amigos pese a todo...

¡Oh, esos sabios insensatos!

Ellos no sabían nada. Y pensaban que eran casi tan sabios como Dios.

(Continúa en la pág. 10).

¿QUIEN ESTARA ESCONDIDO EN ESTA PAGINA? PODRAS SABERLO SI TOMAS UN LAPIZ Y EMPIEZAS A UNIR LOS PUNTOS, DESDE EL NRO. 1 HSTA EL NRO. 40. Y LUEGO, PUEDES COLOREAR LA PAGINA, SI TE AGRADA.

(Cont. de la pág. 8).

No sentían como afligían a Job con su charla cruel y docta.

No se daban cuenta que ellos eran culpables de que Job dijese cosas que no estaban bien.

Después vino un amigo más, un hombre joven, llamado Eliú. Habló último. Pero tampoco pudo ayudar a Job.

¡Oh, sí, Job ha hecho mal! ¡Había esperado tanto del consuelo de sus amigos.

Ahora, con esa decepción, el sufrimiento casi lo vencía.

Ya no razonaba bien cuando hablaba. En su tremenda congoja, en su tremendo abandono, exteriorizó su agonía y maldijo el día que había nacido. Deseó la muerte y también ahora volvía a decir: No es justo que Dios me haga sufrir así, que me haga padecer tanto.

LA FE DE JOB

Pero Job no maldijo a Dios. No lo podía hacer.

En medio de su dolor siguió esperando.

Continuó asiéndose a su Dios.

Job exclamó:

¡Yo sé que mi Salvador vive!

Por causa de esa fe, Job seguía flotando en medio de ese mar de dolor.

Al fin, después de largo sufrimiento llegó la salvación que Job esperaba.

Comenzó a formarse una gran tormenta. El cielo se puso negro de nubarrones.

Y de repente entre las doctas palabras de los amigos, resonó el trueno y brilló el relámpago.

El viento bramaba sobre las cabezas de los hombres, que callaron espantados.

Pero Job levantó su frente y en sus ojos apagados brillaba una intensa alegría.

El oía en el trueno, la voz de Dios que le hablaba.

Dios hizo ver a esos hombres, cuan sabio, bueno y omnipotente era El.

También les enseñó, cuán pequeños débiles y necios eran los hombres.

Y reprendió a Job, porque él, pequeño, débil ser, había hablado erróneamente del Todopoderoso Dios.

Entonces se avergonzó Job, y oró para que Dios lo perdonara.

Pero el Señor sabía que las reflexiones de sus amigos habían extraviado a Job.

Por eso, también estaba muy airado contra ellos.

Job oró para que Dios los perdonara, y porque Job se lo pidió, Dios perdonó también el pecado de aquellos hombres.

Entonces todos aprendieron que era bueno saber callar, obedecer y no juzgar los actos de Dios.

Después de ese tiempo tan triste, todo cambió para bien de Job. Fué aun mucho mejor que antes.

Se curó de su enfermedad. Volvió a estar sano y fuerte. Volvieron todos sus amigos y parientes y celebraron fiesta con él y le trajeron ricos presentes.

El Señor bendijo a Job. Volvió a tener grandes rebaños. Se enriqueció más que antes.

Tuvo más hijos, a los que amó mucho.

EL ENEMIGO DERROTADO

A veces el orfebre o platero, toma una pepita de oro bruto y sucio y la pone en el crisol o el horno. Entonces el pobre oro yace un tiempo en medio del intenso calor del fuego. Pero el orfebre sabe lo que hace. Cuando vuelve a sacar el oro toda la suciedad se ha desprendido. Se ha tornado brillante y puro.

Y cuando el hortelano tiene un árbol nuevo y robusto, toma su podadora y corta las ramas inútiles.

Y ahí queda el pobre árbol desnudo y estropeado. Pero el hortelano sabe lo que hace. Sólo así el árbol puede hacerse grande y hermoso, y llevar mucho fruto.

Así había sucedido también con Job. Había sufrido mucho. Fué terriblemente probado. Pero Dios sabía lo que hacía. El sufrimiento había hecho a Job mejor y más puro, y ahora era mucho más feliz que anteriormente.

En su corazón había un cántico: ¡Nada, nada puede separarme del amor de Dios!

Satanás había perdido la batalla.

Y en el cielo los ángeles cantaban a la gloria del omnipotente.

LUCHEMOS, SIN DESMAYAR, POR LA PAZ DEL MUNDO.

Nuestro mundo está envuelto en guerras y en rumores de guerras. En los campos de batalla, los hombres se matan sin compasión. ¿Qué podremos hacer, para salvar a la Humanidad de una destrucción terrible y total?

Luchar por la paz, sin desmayar. Comencemos a hacerlo HOY MISMO educando a nuestros niños para la paz. Debemos enseñarles que la guerra es el crimen más espantoso, el mayor pecado que pueda cometer el ser humano. No hay guerras justas ni guerras santas.

A toda hora, hablemos de la paz y vivamos en paz. En nuestras Escuelas Dominicales, en nuestras iglesias, en nuestros hogares, en la calle, en los talleres y en las oficinas. Recordemos siempre que la paz del mundo no tiene otro fundamento que el amor al prójimo.

Oremos y enseñemos a orar por la paz del mundo. Debemos confiar mucho menos en nuestros "carros de batalla" y en nuestras armas de guerra, para conquistar la paz del mundo, y mucho más en la soberanía divina y en el destino espiritual del hombre.

Uno de los mayores errores que podamos cometer es poner juguetes de guerra en las manos de nuestros niños o despertar en ellos la admiración por los actos guerreros.

Cuidemos sus diversiones para que todas ellas tengan como finalidad, formar su carácter viril y, al mismo tiempo, pacífico. Pacifismo no es señal de cobardía ni de debilidad, sino de valentía moral y fortaleza espiritual.

Todas las actividades de nuestros niños deben tender a formar en su carácter, hábitos de trabajo, de espíritu servicial y de amor hacia todos los seres humanos.

LA LUCHA POR LA PAZ DEL MUNDO DEBE SER NUESTRA PROPIA LUCHA

El Cachorro Perdido

Cuento, por Shirley Lane

El pequeño perrito se sentía muy cansado. Estaba perdido. Tenía el pelo, que era de un color castaño obscuro, muy sucio. Su lengüita colorada le colgaba sobre el labio. Además, el pobrecicto estaba rengo.

—¡Mira ese perrito!, —exclamó Pepita, dirigiéndose a su hermanito.

El cachorrito venía saltando hacia ellos. Se apoyaba dos o tres veces sobre su patita lastimada. Luego la levantaba y seguía saltando.

—¡Pobrecito!, gritó Pepita. ¡Está lastimado! ¡Chicho, aquí, ven aquí!

El perrito vino derecho a ella. Parecía que estaba tratando de mostrarle su pata lastimada. Lloraba un poquito. Aunque era un cachorrito, no quería llorar como un bebé.

—¡Queridito!, dijo Pepita.

Lo alzó en sus brazos. Notó que era tan chiquito como un perro de juguete que tenía en su casa.

—¿De dónde crees que habrá venido?, le preguntó a su hermano.

—Estaba pensando la misma cosa, le contestó Pepito.

Los mellizos siempre pensaban la misma cosa. Pepita y Pepito se parecían mucho. Les gustaba hacer las mismas cosas. Y siempre estaban diciendo lo que pensaban al mismo tiempo. Por eso, los dos dijeron: ¡Yo sé una cosa!

—Lo llevaremos al establo, agregó Pepita.

—Y lo bañaremos, asintió Pepito.

—Y le curaremos la patita lastimada.

—Y le daremos de comer.

Bañaron al perro. Le curaron la patita y se la vendaron. Luego le dieron de comer. Cuando estaban haciendo esto, apareció la Abuela y dijo que, por la apariencia, el perrito se habría caído de un auto.

—Creo que volverán a buscarlo, en cuanto lo extrañen, agregó.

Cuando terminó de comer, el cachorro parecía más cansado. Se estiró bajo la sombra de un arbusto y se durmió.

Los mellizos se desilusionaron, al ver que no podrían jugar con el perrito. Pero comprendieron que necesitaba descansar, para sentirse mejor. Luego jugarían.

Pepito y Pepita fueron al frente de la casa y se sentaron sobre un escalón. Podían oír a la cocinera, cantando mientras hacía su trabajo.

—Me gustaría tener un perro como ése dijo Pepito, suspirando.

—Sí, asintió Pepita. Es un lindo perro. ¿Vamos a ponerle un nombre?

—¡Ya sé! ¡Le pondremos Manchita! ¿Qué te parece?

Su hermano aprobó la idea. Volvieron al lugar donde dormía el cachorro. Seguía en la misma posición, con los ojos cerrados. Debía estar soñando, porque tenía las cuatro patas en el aire.

Pepito y Pepita se sonrieron. Se fueron muy despacito, porque temían despertar a Manchita. Anduvieron un rato por el jardín y luego fueron al gallinero. Les gustaba mucho mirar a los gansos. Era muy divertido observarlos mientras buscaban comida debajo de los arbustos. La manera de mover el pescuezo y el ruido que hacían con sus picos eran muy cómicos.

Pepito y Pepita se rieron con alegría y aplaudieron. En eso, el viejo ganso levantó la cabeza y los miró. Les silbó. Levantó sus alas. Los empezó a correr.

Los hermanitos gritaron, sorprendidos. El ganso silbó otra vez. Pepito y Pepita trataron de correr hacia el portón, pero el ganso se colocó entre ellos y la salida. Estaba cerca de Pepita. Le largó un picotazo y le alcanzó la pierna. Pepita gritó. Y eso enojó más al ganso.

De repente, los hermanitos sintieron que alguien gritaba:

—¡Yip!

Manchita había terminado su siesta. Había salido en busca de sus nuevos amigos y los encontró acorralados por el viejo ganso.

—¡Yip!, ladró Manchita.

¡Era tan chiquito! Apenas si medía la mitad del tamaño del ganso. Pero eso, al parecer, no le importaba. Era muy valiente. Vio en peligro a las personas que lo habían ayudado, y se lanzó a salvarlas.

—¡Yip!, ladró otra vez.

Olvidando su patita lastimada, Manchita se largó a la carga. Saltó derecho hacia el ganso. Y aunque era solamente un cachorro, asustó al viejo ganso, que se cayó a un costado, batiendo las alas y chillando.

Pepito y Pepita aprovecharon la oportunidad para correr hacia el portón. Manchita les seguía, a poca distancia. Y atrás de ellos, venía el ganso. Silbaba y levantaba las alas. Los mellizos y Manchita salieron por el portón.

—¡Caramba!, dijo una voz extraña. Yo no sabía que Tachuela tenía tanto coraje.

Era la dueña de Tachuela, la que hablaba. El verdadero nombre de Manchita era Tachuela.

—Tachuela se cayó del auto, explicó la niña desconocida. Cuando lo notamos volvimos para buscarlo.

Cuando Tachuela, y la niña se fueron en el auto, los mellizos se sentaron en el escalón de la cocina.

—¡Era un perrito tan lindo!, dijo Pepita, suspirando.

—¡Ya sé!, exclamaron los dos al mismo tiempo.

Estaban pensando la misma cosa. Le iban a pedir a sus padres que les dejase tener un perro marrón, como Tachuela.

una historia del arte

Contada para los niños — POR TULIA ALVAREZ

(Conclusión del número anterior)

La arquitectura búdica presente una característica esencial y es la de haberse inspirado en los bajorrelieves de madera para hacer las decoraciones de los edificios.

Los templos llamados chaityas y los monasterios o viharas, están cavados en la roca. Los primeros tienen el plan de las iglesias católicas: una nave central con columnas a los costados, dos naves laterales y una cúpula. En el lugar que ocuparía el altar se encuentra un pequeño edificio cilíndrico que contiene las reliquias. La claridad interior llega por tres puertas de entrada al templo y por una ventana que se halla arriba de la puerta central con forma de herradura.

Los principales grupos de templos búdicos se encuentran en Karli, Nassick, Ajunta, Ellora y Bhaja al este de Bombay.

Como ya vimos, la arquitectura hindú fue principalmente religiosa. De la arquitectura civil se conocen muy pocas muestras. Estos edificios con una primer planta de altos y fuertes muros sin ventanas y con un segundo piso como un largo patio eran las habitaciones primitivas.

LA ESCULTURA HINDU

La historia de la escultura hindú se divide para su estudio en cuatro períodos. Estos no coinciden con los de la arquitectura, y son: el búdico primitivo, el grecobúdico, el búdico propiamente dicho y el brahamánico.

En la escultura hindú han habido influencias que no existieron para la arquitectura.

El primer período se desarrolló en los tres últimos siglos antes de Cristo. Se caracterizó por la ausencia completa de imágenes de Buda. Sin embargo existía el Triratua, emblema de Buda. Es éste el símbolo de la Trinidad búdica que comprende a Buda, su ley y sus discípulos.

Buda es un personaje histórico al cual se le han asignado muchas leyendas.

Buda se llamaba Sidarta y descendía de una raza noble, los sakyas. El nombre por el cual lo conocemos hoy lo adquirió después y quiere decir: "el Iluminado".

Buda vivió durante el siglo V a.C. A los veintinueve años deja su hogar y pasa siete años de ayuno. El fin, bajo una higuera de Bengala, recibe el conocimiento divino y comienza a predicar sobre la vida del "Justo medio". Sus primeros discípulos fueron cinco monjes amigos suyos. Desde este momento se dedica a difundir su doctrina y luego funda una orden monástica.

CABEZA DE CABALLO

Hermosa pieza de arte oriental. Está hecha con un material llamado jade.

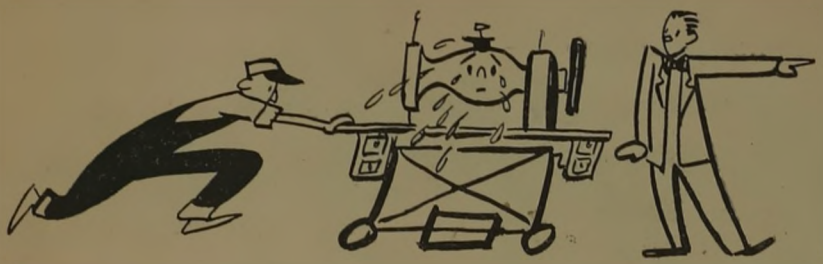
En el año 327 a.C. llegaron a las orillas del río Jado las fuerzas del gran conquistador griego Alejandro el Grande. Por medio de ellos los hindúes llegan a conocer al pueblo griego y entre otras cosas su arte. Comienza así una influencia griega sobre la escultura hindú desarrollándose el período greco - búdico.

Parece que fueron los griegos los primeros en hacer representaciones de Buda. — Antes se consideraba una ofensa para la religión hacer imágenes de Buda.

Las figuras de Buda con influencia griega se distinguen por la línea de la nariz que se continúa con la frente, los cabellos ondulados y la línea de los pliegues de su ropa.

Pero la escultura de estilo búdico propiamente dicha recién se da entre los años 320 y 750 de nuestra era. Como característica de esta época se considera que la belleza ideal no es la física sino la que se da por el espíritu divino. Es por esto que ellos no se detienen ante los detalles de las formas y proporciones. Buscan expresiones que revelan pureza y belleza divinas.

(Concluye en la pág. 27).



Mimí

(CUENTO)

Mimí era una máquina de coser antigua que vivía en un taller con muchas compañeras. Pero Mimí no cosía muy bien. Hacía puntadas largas, luego puntadas cortas, el hilo se le rompía a cada momento y su bobina no rodaba con suavidad.

Don Agustín, el mecánico, estaba disgustado.

El señor Diego, el dueño, también estaba disgustado.

—Mimí no es digna de confianza, —decían.

La razón por la cual Mimí no cosía bien, era porque no se sentía feliz. Claro, todas las máquinas en el taller eran eléctricas, excepto ella. Y Mimí no quería a las máquinas eléctricas.

Pero, por sobre todo, Mimí no cosía bien porque no le gustaba el trabajo en el taller. Le gustaba coser delicados frunces en los vestidos de nenas, o dobladillos en los pañuelos de señoras, o adornos en vaporosos delantales. Pero en vez de todo esto, tenía que coser grandes y pesados overoles.

A ninguna de las empleadas le gustaba trabajar con Mimí, porque cosía tan mal. Y después de un tiempo la empujaron a un rincón oscuro donde fue llenándose de tierra y polvo. Las arañas comenzaron a tejer telas en sus ruedas.

Un día, el señor Diego vino al taller. Todas las empleadas estaban muy ocupadas, cosiendo y Mimí estaba en su rincón, muy triste.

—Chicas, —dijo el señor Diego,— tenemos un pedido de mil vestidos para muñecas. ¡Ni uno más ni uno menos! ¿Qué les parece?

Las chicas estaban muy animadas, y entusiasmadas. Se reunieron cerca del señor Diego.

—¿Cuándo comenzaremos? —le preguntaron.

El señor Diego sacudió la cabeza y les dijo:

—Me temo que no podremos aceptar el pedido. No tendremos tiempo de hacer mil vestidos para muñecas, ni uno más ni uno menos.

—¡Oh!, —dijo una de las chicas y se puso a llorar.

—Podríamos trabajar horas extras, —dijo otra.

—¡Sí, —respondió la pelirroja,— podríamos venir bien temprano y trabajar hasta tarde.

—Por favor, señor Diego —le pidieron las chicas.

—Muy bien; si ustedes están dispuestas a trabajar realmente muchas horas más, tal vez podamos terminar los vestidos.

Así, al otro día, el señor Diego trajo al taller metros y metros de organdí rosado, del color de las frutillas.

Mimí estaba tan entusiasmada que casi se tragó su bobina. Esta era la clase de cos-

(Continúa en la pág. siguiente).

(Cont. de la pág. anterior).

tura que le gustaba hacer. Quería empezar en seguida.

—Espero que alguien me saque el polvo pronto y me ponga un poco de aceite así puedo empezar a trabajar, —se decía.

Mimí empezó a sentirse miserable. Esperó, esperó y esperó todo ese día pero nadie le hizo caso.

Todos los días, durante una semana, las chicas estuvieron cosiendo los vestiditos. Llegaban antes que saliera el sol y cosían hasta que era muy oscuro. Y cada día, la pobre y polvorienta Mimí se sentía más miserable.

El día antes de la fecha fijada para entregar los vestidos el señor Diego dijo:

—¡Chicas, todavía tenemos cien vestidos por hacer... ¿Les parece que podremos terminarlos?

—¡Oh, sí!, —le contestaron.

—Muy bien. Esta noche mandaremos por expreso aéreo los mil vestidos, ni uno más ni uno menos. Luego tendremos una pequeña fiesta.

Las chicas trabajaron más ligero que nunca. Don Agustín preparó todo para la anunciada fiesta. Colgó muchos adornos y tendió los cordones para la iluminación. Cuando todo estuvo terminado prendió las luces. Había un precioso ambiente de fiesta. Pero de pronto... se apagaron todas las luces de la pieza. Pararon todas las máquinas eléctricas.

El señor Diego vino corriendo de su oficina con algunas velas.

—Algo se rompió en el contador y puede ser que nos falte la luz por mucho rato.

—¡Oh, oh, oh! —se lamentaron las chicas. Ahora no podremos terminar los vestidos a tiempo. Y solamente tenemos veinticinco más para hacer.

—Lo mismo sería no tener ninguno, —dijo el señor Diego. Me ¡pidieron mil vestidos, ni uno más, ni uno menos!

Las chicas comenzaron a llorar. Todos estaban preocupados.

Y de pronto la pelirroja tuvo una idea magnífica.

—Mimí los puede hacer, Mimí los puede terminar.

—Sí, —dijeron las otras. Mimí trabaja sin electricidad.

—Pero Mimí no sirve más, —dijo don Agustín.

—Mimí no es digna de onfianza, —dijo también el señor Diego.

—No importa, probemos de cualquier manera.

Sacaron a Mimí de su rincón oscuro. Le quitaron el polvo, la aceitaron aquí y allá, donde necesitaba.

Luego una de las chicas arrolló el hilo rosado en su bobina, lo pasó por la aguja y tomando un pedazo de organdí se sentó y empezó a coser.

Mimí estaba tan entusiasmada que tenía miedo de romperse. Pero no le pasó nada. ¡Thump, thump, bump!, hacía la rueda. ¡KSlip, slip, slap!, giraba la correa. Whippity, whippity, shoppity!, pasaba la aguja a través del género.

—Tra-la-la-la-la, —cantaba Mimí y comenzaba a sentirse muy feliz.

Cosía cada vez más ligero. Afuera ya estaba muy oscuro. Las chicas estaban cansadas, pero Mimí estaba tan contenta que le parecía que podría seguir consiendo para siempre.

El señor Diego empaquetó todos los vestidos que estaban preciosos y don Agustín llevó las cajas al correo. Todas las chicas rodearon a Mimí y la admiraron por el tarabajo que había hecho.

De repente las luces se prendieron.

—Ahora podremos tener nuestra fiesta, —dijo el señor Diego.

Y en efecto, las chicas, el señor Diego y Don Agustín tuvieron una linda fiesta, cuyo huésped de honor fue Mimí.

En el medio de la fiesta el señor Diego dijo:

—Realmente Mimí es digna de confianza.

Y Don Agustín agregó:

—¡Y qué buen trabajo puede hacer todavía!

Y Mimí estaba tan radiante de felicidad que tenía miedo de romperse en mil pedazos.

Así dibujan los niños

"MI CASA EN EL CAMPO"

Dibujo hecho por Irma Krawczuk, 11 años, de Lanús Oeste, Rpa. Argentina.

"EL CONEJO"

Dibujo hecho por Esmeralda Chavarría, 11 años, de Zapote, San José, Costa Rica.

"UN PERRITO GOLOSO"

Dibujo hecho por Charito Burger, 11 años, Dpto. de Colonia, Uruguay.

Dibujo hecho por Elvira Gladys González, 4 años, de Estanzuela, Dpto. de Colonia, Uruguay.

El Gnomo Bigotudo y el Caballo Blanco

CUENTO DE HADAS RUSO

Adaptación e Ilustraciones de *Margarita Courtoisie*

En cierto reino de cierto imperio vivía una vez un Zar. En su corte había unos arreos con jaeces de oro, y he aquí que el Zar soñó que llevaba estos arreos un caballo extraño, que no era precisamente blanco como la lana, sino brillante como la plata, y en su frente refulgía una luna. Al despertar el Zar por la mañana, mandó lanzar un pregón por todos los países, prometiendo la mano de su hija y la mitad de su imperio a quien interpretase el sueño y descubriese el caballo. Al oir la real proclama, acudieron príncipes, boyardos y magnates de todas partes, mas por mucho que pensaron, ninguno supo interpretar el sueño y mucho menos saber el paradero del caballo blanco. Por fin se presentó un campesino viejecito de blanca barba, que dijo al Zar:

—Tu sueño no es sueño, sino la pura realidad. En ese caballo que dices haber visto ha venido esta noche un Gnomo pequeño como tu dedo pulgar, y con bigotes de siete verstas de largo, y tenía intención de raptar a tu hermosa hija, sacándola de la fortaleza.

—Gracias por tu interpretación, anciano. ¿Puedes decirme ahora quién es capaz de traerme ese caballo?

—Te lo diré, mi señor Zar. Tres hijos tengo de extraordinario valor. Nacieron los tres en una misma noche: el mayor, al oscurecer; el segundo, a media noche, y el tercero, al despuntar el alba, y por eso los llamamos Zorka, Vechorka y Polunochka (1). Nadie puede igualárseles en fuerza y en valor. Ahora, mi padrecito y soberano señor, manda que ellos te busquen el caballo.

—Que vayan, amigo mío, y que tomen de mi tesoro cuanto necesiten. Yo cumpliré mi palabra de Rey: el que encuentre ese caballo le daré la Zarevna y la mitad de mi imperio.

Al día siguiente muy temprano, los tres bravos hermanos, Zorka, Vechorka y Polunochka, llegaron a la corte del Zar. El primero tenía el más hermoso semblante, el segundo, las más anchas espaldas, y el tercero, el más apuesto continente. Los condujeron a presencia del Zar, e hicieron la más profunda reverencia, antes de decir:

—Que nuestro soberano y Zar viva muchos años sobre la tierra! Hemos venido, no para que nos obsequies con banquetes, sino para acometer una ardua empresa, ya que estamos dispuestos a buscarte ese extraño caballo por lejos que se encuentre, ese caballo sin igual que se te apareció en sueños.

---

(1) Diminutivos de Zorya, Vecher y Polunoch, que significan respectivamente Aurora, Crepúsculo y Media noche.

El Gnomo era pequeño como un dedo pulgar, pero tenía bigotes muy largos, larguísimos.

—Que la suerte os acompañe, jóvenes. ¿Qué necesitáis para el camino?

—Nada necesitamos, Emperador. Pero no olvides a nuestros buenos padres. Atiéndelos en su vejez, y dales lo necesario para vivir.

—Si no pedís más que eso idos ahora. Mandaré conducir vuestros padres a mi corte y serán mis huéspedes; comerán de lo que yo coma, y beberán de lo que yo beba; se vestirán y calzarán de mi guardarropa y los colmaré de atenciones.

Los jóvenes emprendieron su largo viaje. Uno, dos, tres días anduvieron sin ver otra cosa que el cielo azul sobre sus cabezas y la anchurosa estepa a cada lado. Por fin dejaron la estepa y penetraron en una densa selva, y se regocijaron grandemente. En un claro de la selva hallaron una cabaña diminuta y junto a ella un redil lleno de carneros.

—Vaya! —se dijeron. —Por fin encontramos un lugar donde reclinar la cabeza y descansar de nuestro viaje.

Llamaron a la puerta y nadie contestó: miraron dentro y vieron que no había nadie. Entraron los tres, dispuestos a pasar la noche, rezaron sus oraciones, y se echaron a dormir. Al día siguiente, Zorka y Polunochka fueron a cazar al bosque, y dijeron a Vechorka:

—Quédate y prepáranos la comida.

El hermano mayor se conformó, arregló la cabaña, fué luego al corral, escogió el carnero más gordo, lo degolló, lo limpió y lo sacó para la comida. Pero, apenas había puesto la mesa y se había sentado junto a la ventana a esperar a sus hermanos, se produjo en el bosque un ruido como de trueno, la puerta se abrió como si la arrancasen de sus goznes, y el gnomo pequeño como el dedo pulgar y con bigotes de siete verstas de largo entró en la cabaña arrastrando los bigotes por la espalda. Miró a Vechorka detrás de sus espesas cejas y chilló con voz terrible:

—¿Cómo te atreves a entrar en mi cabaña como si fueras el amo? ¿Cómo te atreves a matar a mis carneros?

Vechorka le dirigió una mirada de desprecio y sonrió, diciendo:

(Continúa en la pág. siguiente).

EL GNOMO BIGOTUDO

(Cont. de la pág. anterior).

—Habías de crecer un poco más para chillarme así. Vete y no vuelvas por aquí, si no quieres que tome una cucharada de sopa y un trozo de pan, y te coma con ellos.

—Ya veo que no sabes que, aunque pequeño, soy valiente como el que más — replicó el Gnomo bigotudo, y cogiendo al joven, le golpeó la cabeza contra la pared y lo arrojó contra el banco. Luego tomó el carnero asado, se lo comió con huesos y todo, y desapareció. Al volver los hermanos, preguntaron:

¿—Qué ha pasado? ¿Por qué llevas la cabeza vendada?

A Vechorka le dió vergüenza confesar que un ser tan insignificante lo había vencido de aquella manera y contestó a sus hermanos:

—Me entró dolor de cabeza al encender el fuego y por eso no he podido asar ni hervir nada.

Al día siguiente, Zorka y Vechorka salieron de caza, y Polunochka se quedó a preparar la comida.

Apenas lo tenía todo dispuesto, se oyó en el bosque un estruendo formidable y entró en la cabaña el Gnomo, pequeño como un dedo pulgar y con bigotes de siete verstas de largo, se dirigió a Polunochka, lo sacudió con todas sus fuerzas, y lo arrojó bajo el banco; luego devoró toda la comida y desapareció. Al volver los hermanos, preguntaron:

—¿Qué ha pasado, hermanito? ¿Por qué llevas esos trapos en la cabeza?

—Me entró dolor de cabeza al encender el fuego, hermano. — contestó Polunochka, —y parecía que me iba a estallar, de modo que no pude prepararos la comida.

Al tercer día, los hermanos mayores fueron a cazar, y se quedó en la cabaña Zorka, quien se dijo:

—Aquí pasa algo singular. Si mis hermanos se han quejado del calor del fuego dos días seguidos, por algo será.

Se puso a arreglarlo todo sin dejar de escuchar un momento para no estar desprevenido si alguien entraba. Tomó un carnero, lo degolló, lo asó, y lo puso en la mesa. Inmediatamente se oyó un ruido como de trueno que corriera por el bosque, se abrió la puerta de la cabaña y apareció el Gnomo, pequeño como el dedo pulgar, con un bigote de siete verstas de largo. Llevaba un haz de heno sobre la cabeza, y un cubo de agua en la mano. Dejó el cubo en medio del corral, esparció el heno por el suelo y empezó a contar sus carneros. Al comprobar que le faltaba otra cabeza, montó en violenta ira y se arrojó como un loco sobre Zorka. Pero éste no era como sus hermanos. Cogió al Gnomo por lo bigotes y empezó a llevarle hasta el bosque. El Gnomo trató de zafarse de las férreas manos de Zorca, pero le fué imposible.

Zorca le llevó hasta un árbol, y lo depositó en una rama, sabiendo muy bien que el Gnomo no se escaparía por temor a que lo volvieran a coger de sus bigotes. Dijo entonces estas palabras:

Si no conoces el vado
no camines por el río.

Creyó entonces oír las voces de sus hermanos que retornaban del bosque, y se alejó unos pasos para llamarlos. Mas no bien se hubo dado vuelta, el Gnomo se elevó en el aire como una pluma, y desapareció en las alturas.

Al ver que el Gnomo había desaparecido, Zorka volvió a la cabaña en busca de sus hermanos. Estos se sorprendieron de hallarlo sano y salvo, y con la comida preparada. Pero Zorka sacó de su bolsillo un mechón de bigote del Gnomo, y dijo a sus hermanos sonriendo:

—Hermanos, permitid que me ría del dolor de cabeza que os ha producido el fuego. Voy, pues, sólo en busca del caballo prodigioso. Vosotros podéis volver a la aldea a cavar la tierra.

Se despidió de sus hermanos y prosiguió el viaje solo.

Estaba a punto de salir del bosque, cuando vió una choza desvencijada de la que salían lamentos.

—A quien me dé de comer y de beber, a ése serviré, — decía una voz.

El compasivo Zorka se acercó a la choza y encontró a un anciano que se quejaba de hambre y de sed, no pudiendo moverse de su cama. Zorka le dió de comer y de beber, y le preguntó quien era.

—Has de saber que yo era un héroe como tú, y no valía menos en fuerza y en valor... Pero los años han pasado... Pero ya que te has portado bien conmigo dándome de comer y de beber, te diré como podrás descubrir el paradero del caballo prodigioso.

—Dímelo, buen hombre, te lo ruego.

—Ve al río que pasa no muy lejos de aquí, toma una barca y traslada a la orilla opuesta durante un año a todos los que quieran cruzarlo; no aceptes dinero a nadie, y... verás lo que sucede.

Zorka llegó al río, se hizo dueño de una barca de pasaje, y durante un año condujo a la orilla opuesta a cuantos quisieron cruzarlo. Y sucedió que en cierta ocasión hubo de pasar a tres viejos peregrinos. Al llegar a la orilla los viejos desataron sus alforjas y el primero sacó un puñado de oro, el segundo una sarta de perlas puras, y el tercero las piedras más preciosas.

Zorca lo llevó hasta un árbol y lo depositó en una rama.

—Toma esto para tí en pago de habernos pasado, — dijeron los viejos.

—Nada puedo aceptar de vosotros — contestó Zorka, —porque estoy aquí cumpliendo el voto de pasar a todo el mundo sin aceptar dinero.

—¿Entonces, por qué haces esto?

—Busco al caballo prodigioso que no es blanco como la lana, sino brillante como la plata, y no lo hallo en ninguna parte; por eso me aconsejaron que hiciese de barquero y esperase los acontecimientos.

—Has hecho perfectamente, buen joven, en cumplir fielmente tu promesa. Te daremos algo que puede serte útil en tu viaje. Aquí tienes un anillo que no tiene ningún valor. No tienes que hacer otra cosa que cambiarlo de dedo y se cumplirán todos tus deseos.

Apenas los tres ancianos prosiguieron el viaje, Zorka cambió el anillo de mano y dijo:

—Quiero estar inmediatamente en los parajes donde el Gnomo pequeño como el pulgar apacienta a su caballo!

Inmediatamente lo arrebató la tempestad, y en un abrir y cerrar de ojos, se encontró en una profunda quebrada, entre peñascos gigantescos, y al extremo de la quebrada pudo divisar al Gnomo pequeño como el dedo pulgar y con bigotes de siete verstas de largo, y a su lado estaba paciendo el caballo prodigioso, no blanco como la lana, pero brillante como la plata; en su frente resplandecía una luna y de su crín colgaban muchas estrellas.

—Bien venido, joven —chilló el Gnomo dirigiéndose a Zorka. —¿Qué te trae por aquí?

—Vengo a quitarte el caballo.

—Ni tú ni nadie puede quitarme el caballo. Si lo tomo de las crines y lo llevo al borde de estos precipicios, nadie en el mundo podrá arrancarlo de allí por más que se esfuerce.

—Siendo así, hagamos un trato.

—Con mucho gusto. No me importa negociar contigo. Si me traes la hija de tu Zar podrás llevarte mi caballo.

—Trato hecho — dijo Zorka, y empezó a reflexionar como solucionaría la situación. Cambió el anillo de dedo, y dijo:

—Quiero que la hermosa Zarevna aparezca inmediatamente ante mí.

(Concluye en la pág. 28).

1. AMARILLO VERDOSO
2. VERDE GRISÁCEO OSCURO
3. AMARILLO BLANCUZCO

Pájaros de América

Por el Profesor Julio Lagomarsino.

El Mirto

Pequeño y ágil invade, nuestros campos especialmente cerca de los cultivos, pues se alimenta de granos. Su cuerpito no pasa de los 14 cm. y del conjunto amarillento y castaño de su plumaje sobresalen el gris y las patas color plomo.

En su dorso predomina el color oliva claro, con líneas castañas oscuras. Las alas y la cola son preferentemente castañas. En cambio, la plumas marginales de la cola son amarillas-verdosas.

La hembra es algo más pequeña y de colores más claros que el macho.

Se les encuentra en grandes bandadas que revolotean curioseando y picoteando todo, a su paso.

El nido, que construyen a poca altura del suelo, es sencillo, hondo y bien construído con pastos finos y secos. Pone cuatro huevos que tienen la cáscara blanca con pintas marrones.

El canto del mirto es agradable, con un gorjeo característico.

EL ARBOL DE LA MENTIRA

Leyenda, enviada por **Antonio Tribulo**, de Rosario Tala, Entre Ríos, Rpa. Argentina.

Hubo un tiempo en que, tal vez por designios de Dios, viajaban juntas la verdad y la mentira, aunque fueran completamente distintas en cualidades.

Cierto día la mentira propuso a la verdad:

—Plantemos un árbol para las dos.

—Acepto ya que ésto es cosa sencilla. Plantaron el árbol y cuando creció dijo la mentira a la verdad.

—Cada una tiene que tomar una parte del árbol y he pensado que debes quedarte tú con la raíz pues ésta está bien protegida por la tierra ¿no te parece?

—Todo lo que tú dices está bien, pero ¿con qué parte del árbol te quedas tú?

—Yo me quedaré con la más peligrosa, el tronco y las ramas que pueden ser tronchadas por el hombre o rotas por los animales.

Convencida por el palabrerío de la mentira se alejaron las dos a sus respectivos pedazos del árbol.

La verdad quedó con sus raíces debajo de la tierra y la mentira invitaba a todos los hombres de la tierra a tomar sombra bajo sus ramas y a escuchar sus consejos, malos consejos que muchos hombres seguían.

Viendo entonces ésto la verdad comprendió el engaño y para castigar a la mentira, comió y comió las raíces. Un día en que se habían reunido los hombres para escuchar los consejos de la mentira, sopló un fuerte viento que volteó el árbol y arrazó a todo el conjunto dejando libre a la verdad que nadie conocía.

A MI MADRE

Por **Gladys Hondon Rohrer**, Dpto. de Colonia, Uruguay.

Hoy tempranito salí
en busca de margaritas
porque sé que a mi mamita
mucho la va alegrar
pero también quisiera
ver contento a mi papá
y para él le traigo
este lindo tulipán

Y no olvidar amiguitas
que hay que dar gracias a Dios
por tener una mamita
y regalarle la flor
y con cada flor **un besito.**

CONTEMPLACION

Poesía, enviada por **Irma Krawcsuk**, de Lanús Oeste, Rpa. Argentina.

Cuando contemplo los cielos,
sembrados de estrellas sin fin
en mí despiertan anhelos,
de ver lo qué habrá en el confín.

Cuando sonríe la aurora,
vistiendo la tierra de luz,
recuerdo el día y la hora
en que mi alma irradió Jesús.

Cuando la noche sombría,
envuelve natura en dolor,
recuerdo con alegría
que Cristo es mi protector.

EL ARTE EN LA INDIA

(Continuación de la pág. 15).

En este período al Buda se le representa, en general, sentado. Tiene la pierna derecha, con la planta del pie hacia arriba, sobre la pierna izquierda.

Las estatuas del Buda presentan de entre todos, cuatro gestos simbólicos importantes: el de la meditación, el de la enseñanza, el de la afirmación y el de la Iluminación.

Aún queda otro estilo de escultura hindú: es el llamado brahamánico. Mientras la escultura búdica es suave y calma, la brahamánica es exuberante. En general, los personajes tienen cintura muy estrecha y hombros y caderas anchos. Así como las estatuas búdicas, éstas tienen las orejas largas.

En los bajorrelieves, Brahama está representado con cuatro cabezas de las cuales se ve solamente la del frente. Casi siempre tiene cuatro brazos y sus insignias son un disco y un rosario.

Vichnon, el principio conservador y Siva, el dios destructor están representados con cuatro brazos. Las orejas de Siva son siempre largas y diferentes una de la otra. Su signo distintivo es la serpiente, a veces enroscada en la cintura, otras en el cuello o en el brazo.

En la lámina que publicamos lo vemos representado como señor de la danza: es el Siva Tandova. Está rodeado de un disco con llamas de fuego. Esta figura tiene su explicación: Siva, con el pequeño tambor que sostiene en su mano derecha, despierta a la Naturaleza inerte para destruirla con el fuego.

LA PINTURA HINDU

La pintura hindú se encuentra por lo general en las paredes, es decir, son pinturas murales. La mayor parte de ellas están hechas en grutas y las más conocidas son las de Ajunta del siglo VII a.C.

No se conocen bien los estilos a los cuales pertenecen dichas pinturas y tampoco la técnica y materiales usados.

Se sabe por lo menos que los artistas vivían juntos compartiendo sus ideas religiosas. Trabajaban en grupos y decoraban los santuarios conforme los pedidos les llegaban. Se puede decir que sus talleres eran ambulantes como su existencia.

Los pintores se repartían el trabajo y una vez que decidían cuales serían las imágenes a representar los jefes del taller trazaban los contornos de las figuras principales en colores rojo o pardo.

Estas pinturas representan muchos aspectos de la vida de los hindúes puesto que por ellas podemos conocer algo de su arquitectura, música, danza, poesía y escultura. Todo esto pintaban en las grutas y aún otros temas que todavía no se han podido identificar.

El Gopuram del gran templo de Madura. (Siglo XVIII. Arte Hindú).

(Conclusión de la pág. 23)

En un santiamén, la Zarevna se apareció ante él, pálida y temblorosa, pero Zorka le susurró:

—No temas, nada malo podrá ocurrirte. Toma este anillo y cuando quieras volver a casa, no tienes más que cambiártelo de dedo y decir: "Quiero transformarme en alfiler y clavarme en la solapa de Zorka", y verás lo que sucede.

Y sucedió tal como Zorka dijo. Quedó la Zarevna al lado del Gnomo, y el joven enjaezó al caballo prodigioso, lo montó, y se alejó de allí al galope.

Apenas se había alejado Zorka dos o tres verstas, sintió que algo se le clavaba en la solapa. Se llevó la mano allí, y efectivamente, encontró una alfiler. Lo arrojó al suelo, y ante él apareció la hermosa Zarevna, que lloraba, suplicándole que la volviese a casa de su querido padre. Zorka la sentó a su lado y se alejó galopando. Llegó a la corte y encontró al Zar de muy mal humor.

—No me causa ninguna alegría, Zorka, que me hayas servido fielmente, ni quiero yo el caballo que has ido a buscarme tan lejos.

—¿Y por qué, mi querido padre el Zar?

—Porque, amigo mío, mi hija se ha marchado sin mi consentimiento.

—Ruégote, mi soberano señor y Zar, que creas mis palabras: la Zarevna se halla en este momento en el patio de armas.

El Zar corrió en seguida al patio de armas, donde encontró a su hija. La abrazó y la condujo al lado del joven.

—Aquí está tu recompensa y mi alegría.

Y el Zar tomó el caballo, y dió la mitad de su imperio a Zorka, según su promesa.

La Zarevna se casó con Zorka, y en la caballeriza del palacio real vive aún el caballo prodigioso, con su crin llena de estrellas, y la luna reluciente sobre su frente.

¿ASISTES

A LA

ESCUELA DOMINICAL?

¿INVITAS

A

TUS

AMIGUITOS?

¡Cuanto cuestan las cosas!

¡Todos los precios aumentan!

POR ESO, Y AUNQUE NO NOS GUSTE HACERLO, TENDREMOS QUE AUMENTAR LOS PRECIOS DE LAS SUSCRIPCIONES DE "ARCO IRIS", PARA URUGUAY Y ARGENTINA

Nuevos precios a partir del mes de Julio de 1956

PARA URUGUAY:

Suscripción por Un Año	$	4.00	m/uruguaya
Suscripción por Un año y medio ..	"	5.50	"
Número suelto	"	0.40	"

PARA ARGENTINA:

Suscripción por Un Año	$	15.00	m/argentina
Suscripción por Un Año y medio ..	"	20.00	"
Número suelto	"	1.50	"

¡NECESITAMOS MAS SUSCRIPTORES! RENUEVA TU SUSCRIPCION. INVITA A TUS AMIGUITOS PARA QUE SE SUSCRIBAN A "ARCO IRIS". OBSEQUIA SUSCRIPCIONES.

Carmen Piquero

ARCO IRIS

¡La mejor revista para niños!

CIRCULA EN 20 PAISES

La leen niños de América y de España.

¡SUSCRIBA A SUS NIÑOS!

¡OBSEQUIE SUSCRIPCIONES!

El material de ARCO IRIS está especialmente preparado para los niños, por personas expertas en literatura infantil

¡Es una revista sana, instructiva, amena!

Aparece todos los meses

Por suscripciones, lea Ud. la primera contratapa de este número o escríbanos a una de estas direcciones:

CASILLA 179, o CONSTITUYENTE 1460
Montevideo Uruguay

Impresora L.I.G.U. - Cerrito 740